



# McKINLEY CARA SUR

*Otro artículo exhaustivo sobre una expedición ligera, realizada por el mismo grupo que el año anterior había ascendido al Pucahirca (ver Pyrenaisa, número 101). (Fue el artículo más veces citado como apreciado en la Encuesta del año pasado). Esta vez la expedición es a la montaña más alta de América del Norte, por la vía más dura: el espolón Cassin, en la cara Sur del McKinley.*

*El artículo está preparado en colaboración por varios de los miembros de la expedición. Manu de Uriarte lleva el peso del relato, contándonos vivamente sus impresiones ante aquel mundo gigantesco y salvaje (que amenazaba constantemente con tragárselos). Para el asalto final (hacia la cumbre), Quique de Pablo, en un estilo muy suelto y muy libre, nos choca con sus paisajes, sus vivencias, sus recuerdos y sus gritos. Emilio Hernando se encarga de documentar el artículo con todos los datos complementarios (como para que palpemos de cerca el cúmulo de detalles que hay que resolver para irse de expedición).*

El pájaro rompe el cascarón.  
El cascarón es el mundo.  
Quien quiere nacer tiene que destruir  
un mundo.  
El pájaro vuela hacia Dios.  
El Dios se llama Abraxas.

(Demian)

## DENALI, CUANDO EL SOL NO SE PONE

Son ya unos meses que no he visto a mis entrañables amigos. La última vez que nos unió una aventura montañera fue durante unos días y noches maravillosos en aquella travesía invernal del Pico de los Cabrones al Cerredo, en Picos. Entonces ellos se preparaban para la ascensión al Pucahirca Central, en Los Andes, que realizaron en el verano de 1975.

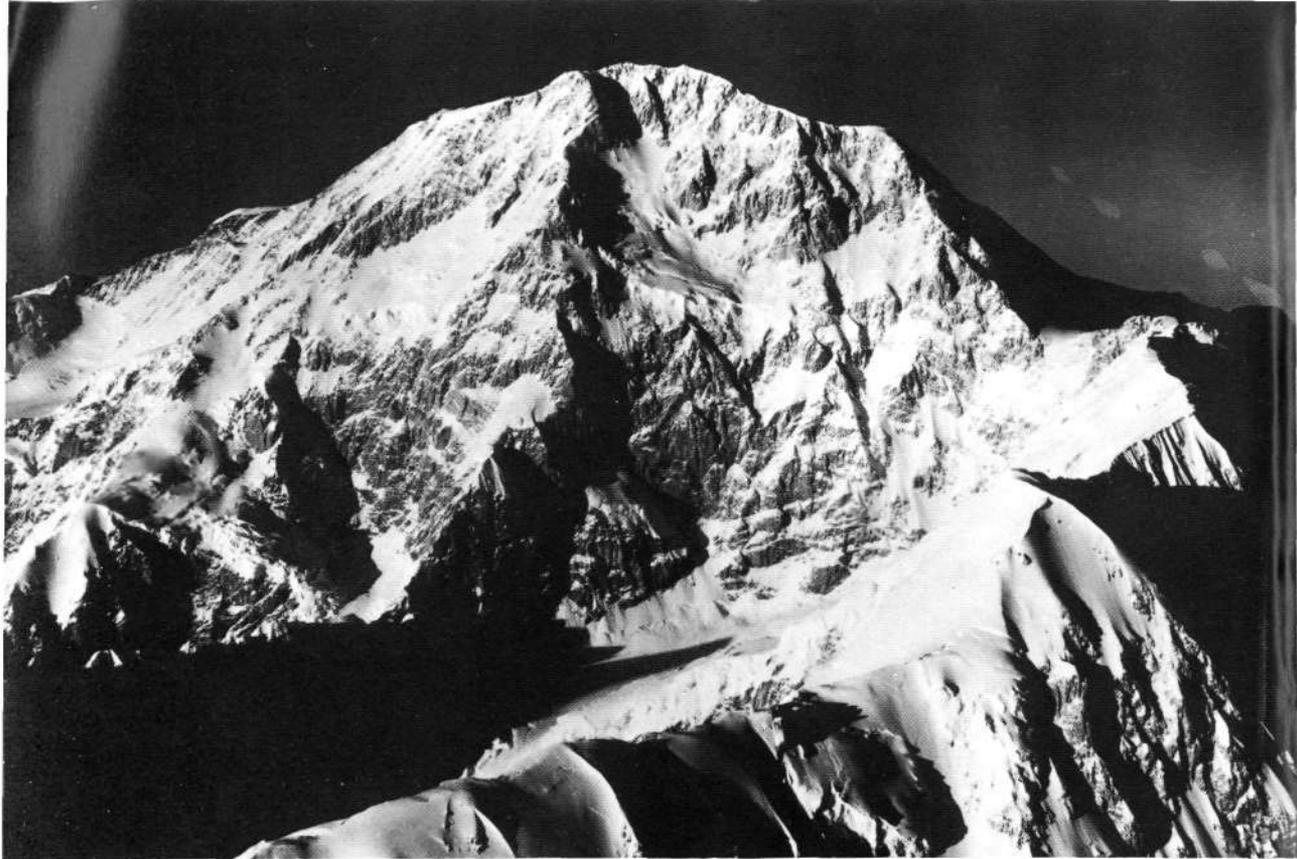
Ahora, el gusanillo inquieto que nos empuja a conocer nuevos países y nuevas montañas nos ha vuelto a unir a seis amigos en Anchorage, la capital económica de Alaska. Es el verano de 1976. Trataremos de ascen-

der la cumbre del continente americano norte, Denali en idioma indígena, McKinley (6.194 mts.), bautizado por un buscador de oro a finales del siglo pasado.

La vía, el espolón Cassin en la cara sur, que con tres mil metros de desnivel en escalada hasta la cumbre es la ruta más difícil y comprometida que presenta esta mole de granito y hielos.

La fisonomía de las ascensiones al McKinley ha cambiado sustancialmente en los últimos años. La montaña sigue gozando de los largos y penosos glaciares, pero Alaska hoy es el país de las avionetas. En este país inmenso con tanta dificultad de comunicaciones y clima tan riguroso, la avioneta es el medio universal de transporte que se posa lo mismo en pequeños lagos, en pistas de tierra o en inestables glaciares.

La vía normal de ascensión en la actualidad parte de la rama sureste del glaciar Kahiltna, en el borde sur del parque nacional del McKinley que es hasta donde la avioneta se puede adentrar.



*Cara sur del Mac Kinley. (Foto B. Washburn).*

En 1961, y partiendo de este mismo punto, el alpinista italiano Riccardo Cassin dirige una expedición por la rama este del mismo glaciar. Va a abrir una nueva vía por la mitad de la impresionante cara sur. Inicia la ruta por un couloir de casi 400 m. que toma su nombre. De la cumbre de este cambia de vertiente, dominando ahora la rama noreste del glaciar. Tras una escalada mixta de extrema dificultad consigue alcanzar un glaciar suspendido a 4.200 m. donde sitúa un campamento. Desde aquí a la cumbre la ascensión es una lucha titánica tanto con la dificultad de la vía como con las condiciones climáticas tan duras y adversas, pero alcanzan la cumbre sur y un triunfo alpinístico muy merecido. Cuatro de los seis miembros pagan el éxito con graves congelaciones.

En mayo de 1967 una expedición japonesa repite el itinerario de Cassin, pero una vez alcanzando el punto alto de couloir Cassin descienden 90 m. a la rama noroeste del glaciar y por un couloir empinadísimo al que ellos dieron su nombre, salvan uno de

tramos más comprometidos con los que Cassin se enfrentó. El couloir de los japoneses es hoy el punto crucial de la cara sur del McKinley.

#### **LA TUNDRA**

El punto de partida de nuestro vuelo en avioneta, como en el resto de las expediciones al McKinley hoy, es un lugar situado a 100 Km. al sur de la montaña, Talkeetna. Es un pueblo destartalado y original donde uno no sabe si se encuentra en medio de una película del oeste, en la agonía de un pueblo con mejores tiempos pasados o en el florecimiento de una comunidad abigarrada que crece por la proximidad de un negocio moderno, quizás la caza, la pesca y las ascensiones a la montaña. Diría que cada personaje es un tipo único en el pueblo: Rene, el guía suizo; Cliff Hudson, el de las avionetas; Jim Sharp, el piloto de los glaciares que habla español; al señora de mala leche de la fonda que habita una cocina prehistórica; el bar-saloon de un sabor ran-

cio que hace las delicias en las largas esperas al buen tiempo para volar al glaciar; el viejo vagabundo que pega pasquines de Miss Alaska y cuenta su vida a todo el que le puede escuchar; y unos cuantos barbudos de California que han venido a pescar salmón en un camión que ya tosía de reuma hace 30 años.

La vida pasa lenta y sin grandes complicaciones en este pueblito a orillas del río Susitna.

Y por fin nos llega el aviso del buen tiempo. Primero hemos sobrevolado la tundra inhabitada; terreno de lagunas, vegetación nórdica con riachuelos, impracticable al pie humano. Pronto hemos entrado al mundo de los glaciares. Y me he aturdido; son inmensos, resquebrajados y se extienden en todas direcciones. Hemos volado sobre aristas y sentido la proximidad de cumbres coronadas de nieve-merengue. Hemos atravesado collados por gargantas donde la avioneta se convertía en un mosquito. Y por fin, entre la niebla, allí arriba, ha aparecido Denali, nuestra montaña.

El aterrizaje en el glaciar ha sido salvaje. La avioneta se va de un lado para otro dando botes como un caballo y en un derrape final nos deja en lo que va a ser nuestro mundo por 26 días. Mundo de pocos colores, azul, blanco, negro. Y mucha luz.

## EL GLACIAR

Al llegar hemos charlado con algunos de los expedicionarios que ahora plantan sus tiendas aquí. Son de variadas nacionalidades, austríacos, checos y japoneses. Incluso una señora de edad indefinida que da clases de ordenadores en la universidad de Anchorage y ha subido por la normal del McKinley atizándole a un violín que ahora nos enseña en su estuche: ¡ver para creer! Todos ellos cumpliendo las reglas de la montaña, la espera del buen tiempo para salir en avioneta.

Desde este punto de aterrizaje, donde ponemos dos tiendas, hasta el campo base, al pie de la pared, nos separan unos 25 Km., 1.300 m. de desnivel y nueve días de fuerte porteo. Pondremos otro campo intermedio y un depósito en la rama este del glaciar

con lo que establecemos 3 etapas hasta el base.

Son días de trabajo duro pero tranquilos. Disfrutamos, aunque la mayoría del grupo de seis pronto siente el fuerte deseo de estar ya luchando con la pared. Las montañas de alrededor nos esperan mudas pero desafiantes; en este mundo nos impresiona la dimensión de todos sus habitantes, los glaciares, las grietas, las cumbres, las paredes; y pronto empezarán a hablar.

No hay noches, El sol hace un amago de esconderse pero pronto vuelve a remontarse sin perder luminosidad en todo el día. El maldito Foraker esta continuamente teñido por los rayos del sol. A veces nos sentimos un poco descentrados cuando todavía estamos cocinando a las 3 de la noche después de una fuerte jornada de porteo.

Hay muchas grietas pero de momento no muestran mucho peligro y disfrutamos de los nuevos juguetes que Alaska nos ha regalado; corremos con raquetas y trineos para portear cargas. Las raquetas que hemos alquilado en Talkeetna cumplen perfectamente la doble función de distribuir el peso y por tanto evitar el hundimiento, así como de aumentar considerablemente la seguridad en el paso de los numerosos puentes de nieve. El trineo resulta francamente molesto pero una vez adiestrados en su uso comprobamos que es muy eficaz en el porteo de cargas muy pesadas.

Antes del campo base el glaciar se empuña y rompe en una zona de peligrosas grietas y seracs que nos obliga a abandonar el trineo en su base. Montamos aquí el último depósito para remontar esta última etapa con las cargas a nuestras espaldas hasta el campo base.

## LA CARA SUR

Lo plantamos como a 3.200 m. sobre los restos de una expedición más madrugadora que ya ha abandonado el glaciar para estas fechas. Parece que está libre del paso de avalanchas que para ahora ya empiezan a mostrar su espectacularidad. De momento son de nieve, bonitas y en la lejanía dan su nota pintoresca.

Sobre nuestras cabezas y visible incluso de las tiendas los 3.000 m. de la impresionan-



*Aeropuerto internacional del Mac Kinley. (Foto Quique de Pablos).*

te cara sur que nos llevarán hacia la cima. Hemos construido dos igloos, muy capaces y comunicados entre sí por un pasillo bajo el nivel del glaciar. Nos ha costado 3 días acabar la obra pero harán más agradable nuestra existencia sobre todo para cocinar en días de mal tiempo. Se entra por debajo del nivel del glaciar; uno hace de despensa; el otro es el comedor-cocina. Por lo menos mantienen una temperatura uniforme en su interior.

Mientras tanto cordadas que se van turnando equipan los descarnados couloirs que nos llevan al campo I en el glaciar suspendido. En esta primera etapa la vía se equipa totalmente consumiendo buena parte del material de escalada y nueve días de esfuerzos agotadores. El couloir Cassin está muy podrido, con un hielo sucio y muy duro en su parte inferior y unos largos en lo alto sobre hielo verde que terminan en un largo de roca y un extraplomo. La salida es a la arista sobre la rama noreste del glaciar. Preciosa.

La suciedad del couloir es señal evidente

de las avalanchas de piedra que la pared suelta sobre la parte superior del couloir; alguna pequeña ya nos ha dado un aviso cuando lo cruzamos porteados. La salida a la arista que separa las dos ramas del glaciar es el primer espectáculo aéreo maravilloso sobre estos mundos de hielo. Se recupera el aliento, se deja deambular la vista por unos momentos y dos rappes sobre una placa de hielo nos sitúan en el depósito intermedio al pie del couloir de los japoneses.

Las jornadas son extenuantes, 15 ó 20 horas equipando, alguna vez 28 y el progreso muy lento. Predomina la ansiedad e incertidumbre: ¿cómo está el couloir de los japoneses?, ¿y la nieve en los 400 m. de arista? Para estas fechas ya nos hemos dado cuenta que la comida americana liofilizada que llevamos no es nutritiva ni satisface el gran desgaste que arrastran las cordadas a su vuelta al campo base.

Y de pronto el glaciar habla. Con el calor de los últimos días de julio ha empezado a resquebrajarse dando explosiones que

nos han hecho botar fuera de las tiendas. Durante toda la noche y cada 10 ó 20 minutos se repiten las explosiones que nos hacen temer por la aparición de una grieta en mitad del campo. No dormiremos en toda la noche. Se lo atribuimos a las grietas, a aquel serac redondo de la rimaya o al diablo del exorcista, pero hoy se nos han alterado los nervios. Noche de pesadillas.

Seguimos equipando el couloir de los japoneses con sus largas paredes de hielo verde. Una cordada hace un vivac en el depósito al pie del couloir. Luego vienen días de mal tiempo.

### LA VOZ DE LA MONTAÑA

Hoy es día de descanso general en la base y disfrutamos de un día azulado y tranquilo que nos permite secar las ropas al agradable sol. Reposamos tirados por el glaciar cuando alguien ha dado un grito de sorpresa; una nube sólida ha surgido por encima de la arista sobre el couloir Cassin y viene sobre el glaciar y nuestro campo. No acertamos a reaccionar: una avalancha de nieve? Imposible. Quizás la venida del Espíritu Santo...? En última instancia nos lanzamos al igloo para ver cómo todo el campo se cubre de un manto de nieve blanda que nos hunde la ropa. La única explicación que encontramos, una avalancha inmensa en la rama noreste del glaciar que ha superado un contrafuerte de 400 m. Nos impresiona.

Quique y Joan han salido muy temprano para abrir una larga jornada hasta el campo I pero vuelven al cabo de 5 ó 6 horas. Estamos asustados; el campo intermedio en la base del couloir de los japoneses ha desaparecido, no cubierto por la nieve sino arrancado por una fuerza increíble que ha llevado la tienda al fondo de una grieta cientos de metros más abajo. Hemos perdido dos tiendas y equipo de escalada. Habrá que volver a portear. La falta de nieve en el lugar del depósito nos hace suponer que ha sido la onda de choque de la inmensa avalancha que vimos el día anterior. La montaña sigue hablando.

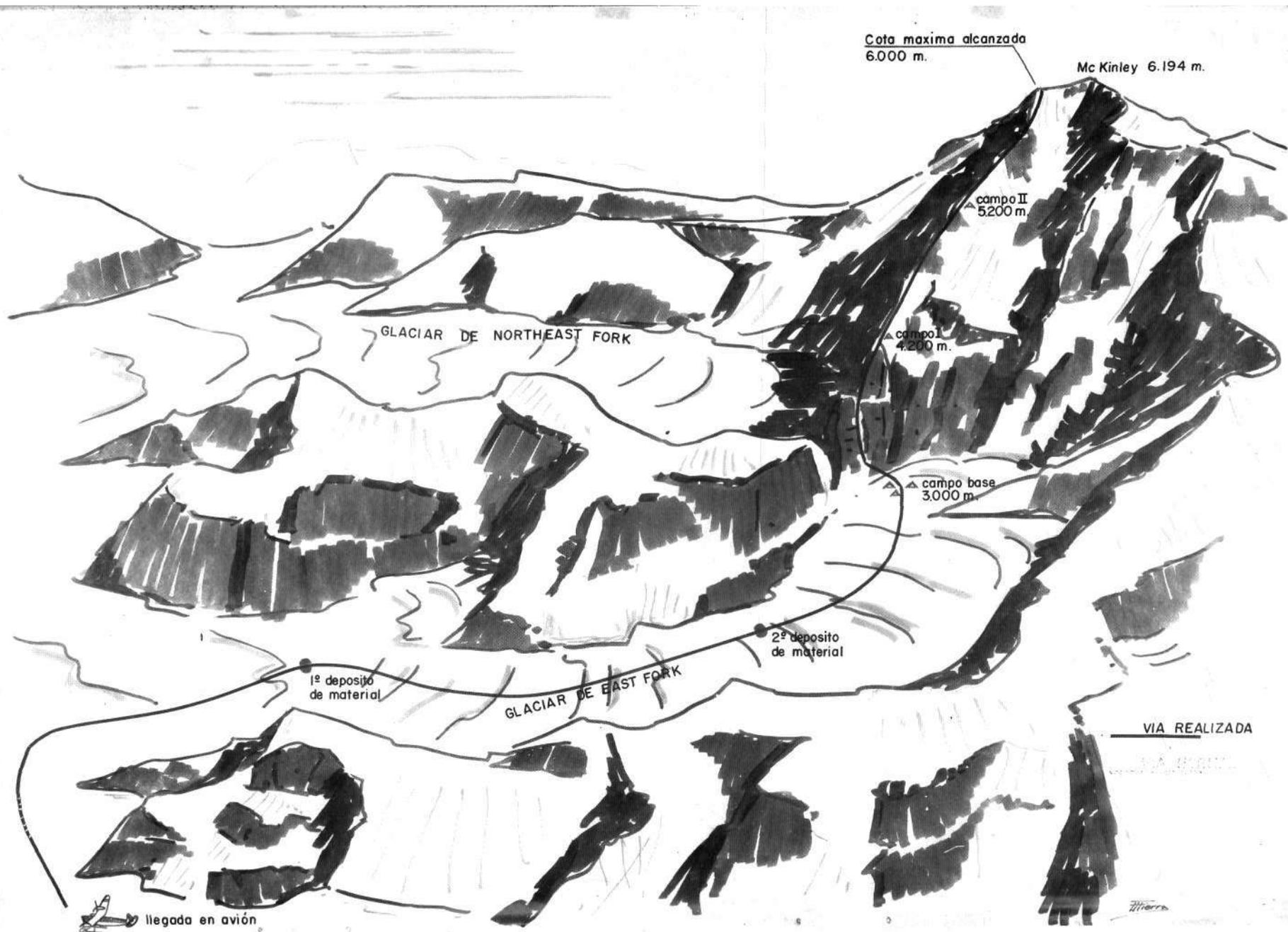
El último empujón que nos separa del campo I es una arista de nieve de 400 m. que une la cumbre del couloir de los japo-



*Porteando en el Glaciar Kahiltna.  
(Foto E. Hernando).*

neses con el glaciar suspendido. Aquí empieza realmente la fase aérea de la montaña con una vista fabulosa sobre un mundo de hielos, desde aquí inmenso y deslumbrante. Al fondo se ve desvanecer el macizo hacia el verde de la tundra. El Foraker, siempre insultante, en frente. El campo base. ahora una motita, 1.000 metros más abajo.

Nuestros cálculos de comida nos hacen modificar todos los planes para poner una cordada sola en la cumbre. Nos toca abastecer el campo I con todos los suministros de los campos superiores. La jornada con tanta carga por el couloir de los japoneses resulta dura y sacrificada pero por fin des-



Cota maxima alcanzada  
6.000 m.

Mc Kinley 6.194 m.

campo II  
5.200 m.

campo I  
4.200 m.

campo base  
3.000 m.

2º deposito  
de material

1º deposito  
de material

GLACIAR DE NORTHEAST FORK

GLACIAR DE EAST FORK

VIA REALIZADA

llegada en avión

*Werner*

cansamos en el nido de águila que es el vivac de los americanos, sobre el couloir. El sueño se apodera de nosotros en este lugar tan inhóspito y bajo un sol que nos reconforta. Esperamos aún unas horas para asegurar el paso por el couloir Cassin que últimamente sólo es transitable en un período muy corto del día. Las avalanchas son muy frecuentes y el descenso a través de sus 18 rappeles se debe acelerar al máximo.

Son las 10 de la noche, nos faltan como unos 6 rappeles y una hora para llegar al base cuando un ruido horrible ha sacudido nuestras cabezas. No puedo creer, un bloque inmenso de muchas toneladas se ha desprendido de la pared, ha reventado en la parte alta del couloir y ha provocado una avalancha de rocas que va a ser de las mayores que ha sacudido el couloir y que ahora se echa sobre nosotros. Estamos en la mitad, sin ningún seguro ni resalte para protegernos y en un instante vemos la terrible realidad: nos coge de lleno. En un intento de librar el centro de la avalancha abandonamos las cuerdas y corremos por la pendiente de hielo. Cuando me coge la primera ola de hielo y piedras me tiro de bruces y bajo dando vueltas por el couloir; una, dos piedras en la cabeza y todo mi cuerpo es bombardeado. Cede un poco y veo que Emilio, con más fortuna que yo, se ha metido en una estría del couloir. Gateo un par de metros y trato de alcanzar este refugio. De pronto todo se acaba: un horrible golpe en la cabeza me ha apagado las luces y caigo al fondo de la estría. Lo último que ha quedado en mi retina es mi cuerpo cayendo sin vida. Y sangre.

Luego los gritos de Emilio: Manu, ¿cómo estás...? ¡vaya! o sea que mi cabeza ha ganado la batalla. Y parece que salimos.

Ando flotando en el ambiente y Emilio toma las decisiones. Hay que seguir haciendo rappeles antes de que la montaña grite por segunda vez. Agarro la cuerda y me doy cuenta que se acaba a 3 m. de la clavija; la ola de piedras y hielo ha roto 4 cuerdas fijas de las que tenemos en el couloir. El descenso es penoso por el estado de mis brazos pero la llegada a la rimaya es la única forma de salir de este infierno. Luego, llegando al glaciar, Nano y Josean nos han

ayudado con las raquetas, camino de los igloos, el hogar. Hora de angustia infinita. He conocido la sensación de quedar atrapado por la montaña. Para siempre. Y me ha dado asco, he sentido náuseas. Y he sentido que los lazos que unen a los hombres me acercaban infinitivamente a mi compañero. Ha sido maravilloso. Increíble fuerza de vida que se comunica por esta cuerda roja que nos mantiene.

Luego han sido un par de días de recuperación en el base. Nano y Josean han partido camino de la cumbre. Para nosotros seis días de hambre por delante, con polvo de tortilla como único alimento. Pero ha durado poco. Unos minutos después, aquella mañana, una avalancha de piedras en las cercanías del campo base ha desquiciado nuestros maltrechos nervios que ya no se recuperarán en todo el día. Con la misma música de fondo que se repetirá una y otra vez.

Cassin dijo que esta montaña parecía «el mismo diablo» y nos hemos reído mucho de la expresión, pero ahora pensamos que queremos salir de este infierno cuanto antes. Y con el frío de la noche empezamos el regreso a través del mar de grietas. No reconocemos el glaciar después de 15 días de deshielo. Nuevas grietas que cortan el avance a lo largo. Rastros del camino de subida que acaban al borde de una grieta mostrando sus azules misterios. Y muchos puentes de nieve. Las raquetas son nuestras amigas pero el desgaste físico nos da mucho que meditar. Negros cañones de hielo que enseñan en sus tripas la piedra que se ha soltado de la pared.

Tres japoneses son los únicos habitantes del glaciar de aterrizaje. Movidos por nuestro deteriorado aspecto, nos reciben con un te caliente y unos dulces. Charlamos. Se unirán a otra cordada de dos y ahora marchan hacia el Foraker, que intentarán escalarlo. Son el de las patas de alambre, el del traje chirene y aquel de las patas cortas; van muy juntos porteando con un trineo. Pero no volverán nunca. Al día siguiente un traidor bloque de hielo se ha precipitado sobre ellos en los seracs y los ha arrastrado al fondo de una grieta de muchos metros. El agua que corría por debajo ha debido arrastrar sus cuerpos. Otro de sus compañeros ha conse-



Quique, en los primeros largos del Glaciar de los Japoneses. (Foto J. Hugas).

gido salir y librarse del castigo de la montaña. El viento y las nieblas del mal tiempo se confunden con el silencio de tragedia que invade su campamento.

Nuestros pensamientos y temores están ahora con nuestros compañeros que siguen luchando allá en la pared.

## HACIA LA CUMBRE

Nuestra vida es materia blanca y luz azul. Nuestra vida es una fina arista helada sobre la que cabalgamos. Nuestra vida es una inmensidad celeste.

Campo I. Nieva, Manu y Emilio no han llegado con las tiendas y la comida.

El viento es de extrema violencia. Nosotros peleamos acobardados. Bajamos a vivaquear a la «plataforma de los americanos» al final del couloir de los japoneses.

Nieva muy fuerte. Vivaqueamos atados a varios clavos. Hay una gran calma.

No pasa nada en nuestro ánimo. No pasa nada en el cielo. No pasa nada en la tierra ¡ni en la montaña!

¡Buenas noches!

La niebla nos difumina llegando al campo I, agotados. Nada tiene sentido.

Volvemos a bajar al vivac... Volvemos a subir con más carga.

Aquí campo I llamando al campo base. Campo base ¿me escuchas? cambio...

«Emilio y Manu accidentados en los rappeles del Cassin. Avalancha enorme de rocas. Manu con heridas graves en cabeza y brazo. Ha perdido el sentido. Están bastante bien ahora, aunque no podrán subir de nuevo. Tened cuidado al rappelar. Hay cuatro cuerdas rotas».

Crepúsculo en el campo I. El mundo es una incandescencia. Nuestro pensamiento una brasa.

Josean y Nano descansan abajo. Han forzado mucho hasta ahora. Nos toca seguir. Luego intentaremos reunirnos. Es justo que descansen.

Noche fría. Noche extraña, pues no es noche. Noche sin estrellas.

El fantasma del Foraker nos hace guiños en la lejanía. ¿Ha surgido de nosotros acaso una pequeña sonrisa de complicidad? ...quizás lo imagino.

En tres días tenemos que alcanzar la cumbre ¡que pena! Vivir siempre a plazos, de referencias; nunca con intensidad ¡con plazos! ¡qué pena!

Somos extraños pájaros bailando por las aristas al son del viento airado.

La belleza me ha golpeado por encima del campo I y ya no me abandona.

Son mil metros de pared en dos días hasta el campo 2. Yo muy torpe, Joan impaciente. Josean y Nano nos van alcanzando. Emilio y Manu esperanzados.

No me importa ya nada de lo que pasa abajo. Este es un mundo distinto. Cada relieve de la roca, cada sombra de la nieve, adquieren para mí un valor inmenso.

Es este un mundo visionario, turbador; en soledad.

La realidad ha adquirido un significado más hondo que no había captado hasta ahora. El tiempo no sigue ya su camino. En estos días pasados he adquirido conciencia de mi intrascendencia.

Había creído ser un gigante mirando por encima de un mundo de enanos y sin embargo me siento una mota de insignificancia. Pero esto ya no me turba, lo he asumido.

La conciencia de mi existencia, del transcurrir de mi vida, es ahora para mí la experiencia verdaderamente vital.

Soy un ser atónito, contemplando. Degustando el mundo de cristal al que he tenido la suerte de acceder y que ahora ya me pertenece.

Llevamos dos días sin comida. Nieve en polvo, viento, frío, hambre. Hambre de varios días de racionamiento.

Estamos tocando el límite de fuerzas. Nos separan de la pista de aterrizaje en el glaciar seis días de hambre y casi tres mil metros de pared, de brillante y hermosa pared ¡luminosa montaña de Alaska!. Pared que nos espera, lo vemos, entre nuestras torpes botas.

Avanzamos a un largo de cuerda por hora. Hemos sobrepasado a nuestra izquierda la cornisa límite de la pared.

Nos separan dos largos de cuerda de la arista somital. Objetivo. Cumbre ¡Ituca! Solo doscientos metros.

Viento violento ¡espera!

Oleadas y oleadas de luz, de sensaciones, de colores.

Estos últimos días ha sido muy bello ¿por qué no conformarnos con eso? Podríamos llegar a nuestro extremo, a nuestro objetivo... quizás... casi seguro. Es fácil.

Quizás no volveríamos.

Queremos seguir nuestro viaje. No queremos fondear en esta Itaca, final de un camino.

Un viejo proverbio dice: «Cuando llegues a la cumbre, sigue subiendo, sigue subiendo».

Queremos seguir subiendo.

Nos volvemos, cansados, estáticos, un poco insensibles a nuestro pequeño fracaso ¡nuestra bella cumbre!

¡Qué pena! ¡Qué pena!



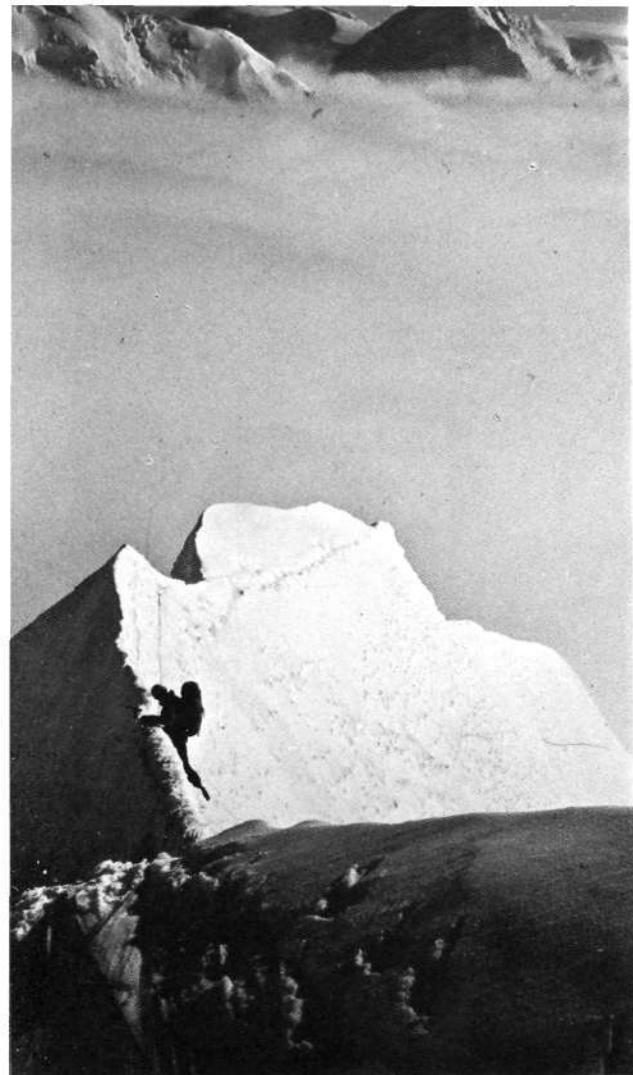
Cocinando en el interior del igloo.  
(Foto E. Hernando).

¡Sujeta! ¡Sujeta fuerte! Esta montaña no está golpeando muy fuerte con sus arrebatos.

El huracán nos está destrozando las tiendas del campo 2. Frío impresionante. Se ha rasgado una tienda Salewa y roto algunos palos.

Dormimos embebidos en el caos de nieve en polvo en que se ha convertido nuestra tienda. Nano y Josean a su vez se las arreglan como pueden en su pequeño hogar, su tienda de pared.

Discuten el intentar mañana la cumbre, pero están también agotados y hambrientos. Pienso que no llegarían... Pero acaso...



Flanqueo en la arista de nieve. (Foto Manu).

### HAMBRE...

Es definitivo ¡nos bajamos!

Nos dejamos deslizar por las cuerdas en una sucesión de movimientos torpemente encadenados. Avalanchas de nieve plomizas se precipitan sobre la pared desde el pacífico ¡esto se jode!

Durante diecinueve interminables horas nos dejamos acariciar por las ásperas y heladas cuerdas a lo largo de cuarenta y siete rápeles.

En cada uno de ellos nos vamos dejando algo de nuestra ilusión, de nuestra fuerza.

¡Bien! ¡Aquí estamos! Es de noche. Ahora ya se hace de noche durante dos o tres

horas. Hay una niebla densísima, lo que no nos impide darnos cuenta de que la última cuerda fija está rota, seccionada limpiamente. Además la rimaya se ha derrumbado.

¡Bueno muchacho! Aquí estamos, Joan. Intentando buscar el camino hacia nuestro hogar, nuestro campo base.

¿Dónde estarán Nano y Josean? Hemos perdido contacto con ellos en el campo 2, donde continuaban discutiendo. Hemos oído sus voces en la arista de hielo entre la ventisca. Luego nada.

Algunos jirones de niebla dejan entre ver a ratos algunas estrellas. Vemos a Cassiopea, Bootes...

A su vez Vega de la constelación Lyra se sorprende de ver dos bultos arrastrándose por la nieve del glaciar, avanzando a largos de cuerda y asegurándose con el piolet. ¡Están locos esos terráqueos!

¡Si! Estamos volviéndonos locos intentando hallar un paso en este laberinto de grietas y vacilantes puentes de nieve, en que se ha convertido el trayecto al campo base.

A pesar de ir arrastrándonos sobre la nieve para más seguridad, no faltan las ocasiones en que un brazo o una pierna se encuentran agitándose en insondable vacío ¿por qué extraños lugares vamos avanzando?

Está despejando. Podemos ver el bulto negruzco del campo base. Hemos tardado dos horas en un trayecto que normalmente hacemos en siete minutos. Nuestras ropas están llenas de nieve y tenemos las rodillas congeladas. ¡Mira que es triste esto!

¡Qué triste está el campo base sin nadie! ¡Qué triste está con el igloo destruido! Sin Emilio y sin Manu, sin Nano, sin Josean...

¡Qué triste está bajo la luz difusa y leprosa de las estrellas!

Parece que Joan ha envejecido en estas últimas veinticuatro horas. Es un espectro melancólico bañado por la mágica luz de una vela. Es lógico. Ha llevado la parte más desagradable y dura del descenso, desatascando las cuerdas del hielo y haciéndose cargo de un compañero torpe y agotado.

Dos días de hambre más tarde, una voz nos hacen salir fuera de nuestro mundo de tela y seda. Los fantasmas de Nano y Josean entran al mundo acogedor de la tienda, dejando fuera la ventisca de nieve, el



*Quique llegando a la arista cimera a 6.000 m. (Foto J. Hugas).*

frío, y el miedo que les ha envuelto durante dos días de descenso, durante los minutos de sueño y sobresaltos pasados colgados de las clavijas en los couloires.

¡Bueno! ¡Ya estamos todos muchachos! ¿Y ahora qué? ¡Eh! ¿Ahora qué?

Veo a un grupo de cuatro personas tirar de un trineo entre la niebla opaca y turbia; hurgando en antiguos campamentos entre la nieve, en busca de algo con que engañar su hambre.

Llevan dos días andando a trompicones, perdidos entre las grietas y sus telarañas interiores. Llevan el trineo cargado de penas y de pequeñas miserias.

¿No todo ha ido bien entre ellos, verdad? ¿Verdad que no todo ha sido luminoso? ¿Verdad que hay algo que envenena ligeramente vuestro pensamiento?

¡Bien! No todos podemos tirar ya del trineo. ¡Abandonémoslo! Ya lo recuperaremos otro día si podemos volver por él.

Hay que seguir los cuatro juntos. Si no, no llegaríamos.

¡Que nadie se quede solo por detrás!

¡Que nadie crea que podrá hacer algo sin los otros tres!

¡Que nadie crea nada seguro, pues nada lo es!

Sopa saliente bebida. Macarrones en el glaciar. Depósito abandonado de un antiguo campo. Vida.

¿Habeis ya descansado suficiente, muchachos? ¡Llevais ya cinco horas! No os demoreis más, teneis que llegar hoy al campo de aterrizaje.

¡Uno! ¡Dos! ¡Los cuatro! ¡Están los cuatro! Estamos todos. Era ya lo único que pedíamos. Poder volver los seis. No dejar nadie atrás.

Pero en este mundo de hielo tenemos muchos amigos que comparten el mismo hambre, la misma ansiedad, las mismas angustias. Son los japoneses de Hiroshima con Junko Tatsumi y Mitziko, las enfermeras que han cuidado mis heridas. Jeff y Christie que han construido su cabaña en Utah. Y John. Y los japoneses de Tokyo, raza sufrida que venera el silencio de sus compañeros, unidos al glaciar por muchos años.

Es nuestra última noche en estos hielos tan inmensos pero tan chiquitos para unir nuestras razas.

Mañana empezaremos a salir.

### COMPONENTES DE LA EXPEDICION

J. A. Emilio Hernando, 23 años, Bilbao.

Enrique de Pablo (Quique), 24 años, Bilbao.

Fernando Blanco-Madagan (Nano), 25 años, Madrid.

Joan Hugas, 26 años, Gerona.

José Antonio López de Castro, 27 años, Bilbao.

Manu de Uriarte, 31 años, Bilbao.

### DATOS INTERESANTES PARA VISITAR EL MACIZO DEL MCKINLEY

#### Burocracia

Al estar situado el macizo del McKinley dentro de los límites del Mount McKinley National Park, es necesario ponerse en comunicación con el servicio del Parque, con un plazo de 2 meses de antelación, para hacerles llegar rellenos los impresos que exigen (certificado médico, datos de los miembros de la expedición con su actividad alpinística, etc.):

National Park Service.

Mount McKinley National Park.

McKinley Park, Alaska 99775.

Como para acercarse al macizo por la vertiente sur es necesario el hacerlo en avioneta, conviene contratar los servicios con antelación. Hay dos pilotos que frecuentan este recorrido:

Cliff Hudson.

Talkeetna Alaska 99676. Tno. 733-2121.

Jim Sharp.

Post Office Box 73.

Talkeetna. Alaska 99676 Tno. 733-2218.

Estos pilotos, tienen en el Glaciar una emisora de radio para comunicar con ellos y avisarles de la llegada al regreso de la montaña. Dada la experiencia nuestra de este año, y de otras expediciones, es conveniente calcular al regreso 6 días de estancia en el glaciar, esperando a que los pilotos puedan aterrizar y más pensando que el billete del vuelo Charter a Europa tiene fecha tope. Hay que hacer provisiones de alimentos para esa espera.

### INFORMACION

— Servicio General de Información de Montaña, apartado de correos 2291, Barcelona.

— Mapas del Club Alpino de Alaska, de B. Washburn.

— Revista la Montagne 5/1972, 1962.

— Boletines del Club Excursionista de Gracia. 1962.

— Libro de R. Cassin sobre la Cara Sur del McKinley.

— American Alpine Journal.

B. Washburn, aparte de un interesante mapa a escala 1/50.000, posee una magnífica colección de fotos de todo el McKinley:

B. Washburn.

76, Speaks street. Cambridge, MA. 02138. U.S.A.

En el pueblecito de Talkeetna, está Ray Genet, Guía de las Montañas de Alaska, quien alquila también raquetas:

Ray Genet.

Talkeetna. Alaska. 99676. Tno. 733/2606.

La alimentación la compramos en Anchorage, en un establecimiento, de artículos de deportes, y fue uno de los más graves problemas de la expedición. Servirá únicamente para completar lo que se lleve:

Barney's Sports Chalet.

906 W. Northern Lights Blvd. Anchorage, Alaska 99503.